

# 06

## LO PERSONAL ES POLÍTICO. EL SURGIMIENTO DEL FEMINISMO RADICAL EN ESTADOS UNIDOS (1967 – 1970)

The personal is political. The rise of radical feminism in the United States (1967 - 1970)

PILAR COLOMA ACEÑA

Universidad de Zaragoza

Fecha de recepción: 20 de junio de 2022

Fecha de aceptación: 19 de septiembre de 2022

### RESUMEN

A finales de la década de los sesenta se popularizó la todavía hoy conocida y difundida afirmación de que «lo personal es político». Sin embargo, ¿conocemos desde los feminismos actuales de dónde surgió tal reinterpretación de la política y, en definitiva, de la sociedad en su conjunto? El presente artículo explora el surgimiento del feminismo radical en Estados Unidos, los comienzos de la historia de la rama del feminismo que propuso esta nueva concepción de la política de la que son deudores los feminismos hasta la actualidad. Un recorrido que permitirá llevar a cabo una valoración sobre sus principales aportaciones, partiendo de algunos debates que tienen lugar con relación a sus orígenes y antecedentes.

105

### Palabras clave

Feminismo radical, Estados Unidos, Movimiento de Liberación de las Mujeres, Segunda ola feminista, nuevos movimientos sociales.

### ABSTRACT

In the late 1960s the still well-known and disseminated statement that «personal is political» was popularized. However, do we know from current feminisms where such a reinterpretation of politics and, ultimately, of society as a whole came from? This article explores the emergence of radical feminism in the United States, the beginnings of the history of the branch of feminism that proposed this new conception of politics to which feminisms are indebted until

now. A journey that will enable to carry out an assessment of its main contributions, starting from some debates that take place in relation to its origins and antecedents.

### Keywords

Radical Feminism, United States, Women's Liberation Movement, Second Wave Feminism, New Social Movements.

## INTRODUCCIÓN

106

Los feminismos actuales son conscientes de que las experiencias relacionales íntimas, personales o privadas son también relaciones políticas. Unas relaciones que responden a una serie de normas y construcciones sociales que se emiten desde la esfera que tradicionalmente se ha considerado como «pública» o «política», en una supuesta contraposición con la considerada como «privada» o «personal». Por ello, los feminismos actuales enarbolan el conocido eslogan de «lo personal es político», porque son conscientes de que la supuesta barrera que separa la esfera pública o política de la privada o personal está ciertamente difuminada o directamente no existe. De esta forma, la experiencia vital de las mujeres —tradicionalmente relegadas al ámbito doméstico y privado— se convierte en algo que debe ser interpretado políticamente, ya que esta está condicionada, como diría Kate Millett, por unas relaciones de poder.

Kate Millett fue una de las principales referentes del feminismo radical en Estados Unidos. En 1970 publicó su renombrada obra *Política Sexual*, a partir de la cual elaboró la teoría de la política sexual. Así definió el concepto de «política»: «el conjunto de relaciones y compromisos estructurados de acuerdo con el poder, en virtud de los cuales un grupo de personas queda bajo el control de otro grupo» (Millett, 2021: 68). Propuso de esta forma una nueva concepción de la política de la que son deudores los feminismos hasta la actualidad. Y es que toda una reinterpretación de la sociedad se llevó a cabo en aquel contexto: lo político, lo personal, lo privado y lo público se sometieron a una profunda revisión. El feminismo radical se constituyó como un influyente movimiento social y como una de las principales ramas dentro de la explosión de los feminismos que se dio en aquella década de los sesenta y setenta del siglo pasado.

No obstante, ¿conocemos desde los feminismos actuales de dónde surgió esta reinterpretación de la sociedad? ¿De dónde viene exactamente la afirmación de que «lo personal es político»? ¿Cuál es la historia de las primeras feministas radicales? O, incluso, ¿qué fue el feminismo radical y de qué forma surgió en Estados Unidos?

El objetivo del presente texto consiste en elaborar un breve esbozo de lo que fue el feminismo radical y de cómo surgió en Estados Unidos. La intención de hablar sobre el surgimiento de esta rama del feminismo responde a un interés por recuperar toda una experiencia fundamental para comprender los feminismos actuales, ya que muchos de los debates vigentes en nuestros días no se pueden entender sin atender a las discusiones que ya en aquella década iniciaron las feministas radicales. De ahí que la intención de este estudio consista también en llevar a cabo una valoración sobre las principales aportaciones del feminismo radical, partiendo de algunos debates que tienen lugar con relación a sus orígenes y antecedentes.

En España se trata de una historia poco conocida y en muchas ocasiones malinterpretada. Aunque desde la academia sí que es un tema al que se le ha prestado una relevante atención, lo cierto es que desde los activismos actuales se desconoce en gran medida su historia. Esto se debe posiblemente a la encarnación actual de las que se autodenominan feministas radicales. Alice Echols, una de las principales historiadoras que ha tratado el surgimiento del feminismo radical en Estados Unidos, lo advierte así en la introducción a la edición del trigésimo aniversario de su libro *Daring to Be Bad*:

*Daring to Be Bad* se centra en el feminismo radical, el cual ocupó en su día un rincón especialmente dinámico y heterodoxo del Movimiento de Liberación de las Mujeres. (Para ser clara, aquí me refiero al feminismo radical en sus primeros años, no en su encarnación actual, que está entre el escepticismo y el antagonismo hacia el trabajo sexual y los derechos de las personas transexuales) (Echols, 2019: viii).<sup>1</sup>

Y aunque, como se apuntaba anteriormente, desde la academia sí que se le ha prestado una mayor atención, esta se ha centrado principalmente en la corriente española del feminismo radical durante la transición a la democracia. En castellano no existe, de hecho, una monografía que recoja toda la experiencia de las feministas radicales en Estados Unidos. Como es lógico, la mayor producción historiográfica se ha llevado a cabo en el país norteamericano, pero incluso allí, tal y como resaltan historiadoras especialistas en el tema, no ha sido hasta la segunda década del siglo XXI que se ha comenzado a investigar con profundidad (Evans, 2015: 140).

Nos encontramos, por tanto, en el inicio de un largo camino de investigación. Pero lo cierto es, no obstante, que este camino ya ha comenzado y, en realidad, sí existen una serie de cuestiones sobre las que las investigadoras han coincidido y han afirmado su necesidad para la comprensión del feminismo radical y su eclosión dentro de los nuevos movimientos sociales estadounidenses. Estas serán las cuestiones que ayudarán a estructurar el presente artículo.

1. Todas las referencias que provienen de bibliografía escrita originalmente en inglés son, a lo largo de todo el artículo, citadas con traducción propia.

En primer lugar, no es posible comprender el surgimiento del feminismo radical sin atender al contexto del que surgió. Por ello, el primer apartado introduce esta rama del feminismo dentro del denominado Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLM) —*Women's Liberation Movement* (WLM)— del que formó parte. En segundo lugar, también se ha de contextualizar dentro de los nuevos movimientos sociales surgidos en la década de los sesenta, ya que muchas de las feministas radicales procedieron de las filas de la Nueva Izquierda —the New Left— o del movimiento por los derechos civiles y de su ala radical del Black Power. De hecho, es interesante anotar que los primeros grupos de feministas radicales se vieron muy influenciados por la forma de activismo del Black Power, principalmente en esa idea separatista de constituirse como un grupo independiente que debía luchar por su propia liberación (Nachescu, 2009: 45). Y, en tercer lugar, es imprescindible prestar atención al movimiento feminista que le precedió, tanto para entender su continuidad y, por consiguiente, su resurgimiento consumado en el MLM, como para interpretar la lectura que hicieron estas primeras feministas de la historia de sus predecesoras, la cual fue muy importante para construir una identidad colectiva en torno a las categorías «mujeres», «feministas» y «radicales» y, en suma, para constituirse como colectivo y movimiento político (Ibídem: 32).

Así, una vez analizado el surgimiento del feminismo radical desde el punto de vista de las ideas, de sus antecedentes y de sus influencias, en la siguiente parte del artículo se aborda la materialización de todo ello, esto es, la forma en la que las feministas radicales consiguieron constituirse como un movimiento social de masas. Es importante detenerse en tres estrategias de acción: la publicación de toda la producción teórica, la creación de grupos de autoconciencia y la formación de organizaciones y colectivos.

Estas tres estrategias, influenciadas por el contexto del que surgieron, se comenzaron a concretar a partir de 1967. Y tal y como afirma Alice Echols, «en tan solo dos años el feminismo radical se había constituido como la fuerza más vital e imaginativa dentro del Movimiento de Liberación de las Mujeres» (2019: 3). De ahí que el presente trabajo se centre únicamente en los años 1967-1970, un periodo de tiempo corto pero muy intenso, en el que se pasó de la formación de pequeños grupos en unas pocas ciudades a una expansión e intensidad que acabaría por estallar en 1970, fecha a partir de la cual se puede dar por constituido el feminismo radical como un movimiento social de masas. La materialización de este hecho se puede encontrar en la masiva manifestación del 26 de agosto de 1970, convocada con motivo del cincuenta aniversario de la consecución del derecho al voto de las mujeres.

## EL SURGIMIENTO DEL FEMINISMO RADICAL

### *El Movimiento de Liberación de las Mujeres: Women's Lib*

Aunque estaba en NOW, siempre estuve con las radicales. Si iban a manifestarse por Miss America, yo estaría allí. Fue una pasada ¿qué puedo decir? Fue muy emocionante. Fue algo que NOW no haría. (Jacqui Ceballos, cit. en Dore, 2014).

El feminismo radical se ha de abordar dentro del denominado Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLM) —Women's Liberation Movement (WLM)— de la década de los sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado. Se trata de un movimiento social transnacional que se ha llamado asimismo «Segunda ola feminista» con el fin de diferenciarse de una «Primera ola» ocurrida aproximadamente entre 1848 y 1920 —entre la Declaración de Seneca Falls y la consecución del sufragio femenino— siguiendo la cronología estadounidense. No obstante, recientemente se ha venido criticando el uso del concepto de «Segunda ola» ya que este, además de responder únicamente a los acontecimientos ocurridos en un solo país, sugiere que el activismo de las mujeres sucede en discretas fases, excluyendo de esta forma décadas en las que las mujeres siguieron movilizándose de una u otra forma (Molony y Nelson, 2017: 2).

A pesar de que las propias feministas radicales fueron las primeras en afirmar que ellas eran la Segunda ola del feminismo en torno al año 1968 (Echols, 2019: 10), hoy las historiadoras aseguran que en las décadas precedentes no se había producido un silencio —o silenciamiento— absoluto de las mujeres. Tal y como afirma Carmen Garrido, «la idea de dividir al movimiento feminista en olas no está exenta de críticas. Las principales detractoras del uso de esta metáfora consideran que es un concepto artificial y monolítico, que esconde la riqueza real que subyace al feminismo» (2021: 486). De hecho, se ha acusado a esta interpretación a partir del concepto de Segunda ola de obviar toda la experiencia de las feministas negras y de color,<sup>2</sup> así como de otros colectivos, cuyo activismo no se limitó a finales de los sesenta y la década de los setenta, como suele contemplar dicho concepto. Por ejemplo, de esta manera lo atestigua la feminista negra lesbiana Audre Lorde en su *biomitografía*:

tratábamos de construir una especie de comunidad donde pudiéramos al menos sobrevivir en un mundo que percibíamos acertadamente como hostil; hablábamos interminablemente acerca de la mejor manera de aportarnos ese apoyo mutuo sobre el que veinte

2. «Mujeres de color» fue utilizado para hablar de todas las mujeres racializadas y migrantes de Estados Unidos, y no solo de las mujeres negras, incluyendo así a las chicanas, asiáticas, procedentes de América latina, etc. (Moraga y Anzaldúa, 1981).

años más tarde se debatía en el movimiento de mujeres como si fuera un concepto totalmente nuevo. Las lesbianas eran probablemente las únicas mujeres Negras y blancas de la ciudad de Nueva York en la década de 1950 que estaban haciendo un intento real por comunicarse unas con otras (Lorde, 2009: 297).

Cabe asimismo mencionar, no obstante, que a pesar de que los límites cronológicos no son los más acertados, tampoco es cierto que el feminismo radical fuese un movimiento exclusivo de mujeres blancas de clase media, como se ha venido criticando, cuestión sobre la que se volverá detenidamente más adelante. En realidad, lo que pretenden apuntar las líneas anteriores es que se ha de entender el MLM como un activismo más duradero, complejo, continuo y al mismo tiempo discontinuo, así como un movimiento social transnacional y diverso.

110 Del mismo modo, tampoco es posible comprender el MLM ni, por ende, el feminismo radical, sin contextualizarlo dentro de la convulsa década de los sesenta. Y es que este emerge dentro de los llamados nuevos movimientos sociales: la lucha por los derechos civiles, por la liberación de los afroamericanos —Black Power—,<sup>3</sup> los movimientos pacifistas y en contra de la guerra de Vietnam, los movimientos estudiantiles, los anticoloniales de posguerra o el movimiento de la Nueva Izquierda. Todos estos movimientos tenían aspectos en común: «una pluralidad de ideas y valores, una estructura organizativa informal descentralizada, el rechazo a una dirección piramidal jerárquica, y la democratización de los procesos de decisión» (Nash, 2012: 170). El MLM, al igual que el resto de los movimientos sociales de esta época, se diferenció de sus predecesores más organizados y estructurados, destacando así por una nueva estrategia que utilizaba «redes sumergidas informales en sus dinámicas de lucha» (Ídem). Esta nueva estrategia, en el caso del movimiento feminista, se materializó en los grupos de autoconciencia —*consciousness raising* (CR)— que formaron las primeras feministas radicales a partir de 1967, cuestión a la que también se volverá más adelante.

El feminismo radical, por consiguiente, se tiene que analizar dentro del MLM y siguiendo la lógica de su contexto, el cual estuvo repleto de movilizaciones, activismo, radicalismo y conflicto. También se ha de atender a las mujeres que le precedieron, ya que, pese a que esta rama del feminismo analizó y criticó cuestiones completamente novedosas, su radicalismo no hubiese sido posible sin la larga lucha de sus predecesoras. Además, no fue el primer movimiento de la segunda mitad del siglo xx que hizo resurgir la cuestión de los derechos de las mujeres. Este resurgimiento vino de la mano de las feministas liberales, principalmente a partir de la publicación en 1963 de *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan, y del nacimiento de la Organización Nacional de las Mujeres —National Organization for Women (NOW)— en 1966.

3. Existe debate sobre la distinción entre el Civil Rights Movement y el Black Power, pero en general se diferencian por ser este último posterior al primero y por contemplar positivamente la violencia como forma de reivindicación social. El primero fue un movimiento mayormente reformista que buscaba un cambio en la legislación, mientras que el segundo emplearía formas y objetivos más radicales en sus reivindicaciones. En todo caso, hay autores que interpretan ambos movimientos como sinónimos o como movimientos estrechamente relacionados (Asimakopulos, 2010).

Muchas de las primeras feministas radicales formaron parte de NOW en un primer momento, para después salirse, formar nuevos grupos y criticar su carácter reformista y liberal, como fue el caso de la ya mencionada Kate Millett. El comienzo de esta escisión se sitúa en torno al otoño de 1967, momento en el que comenzaron a formarse los primeros grupos de autoconciencia por parte de mujeres que empezarían pronto a denominarse feministas radicales. Progresivamente esta categoría de «feminista radical» se fue extendiendo y asentando, utilizada con el fin de diferenciarse de las liberales, así como de las mujeres que militaban dentro de la Nueva Izquierda, militantes que fueron denominadas, junto con sus camaradas varones, como *políticos*.

Todas ellas, tanto liberales como socialistas y radicales, formaron parte y contribuyeron a la creación del Movimiento de Liberación de las Mujeres. Aunque, en este sentido, al igual que con el concepto de Segunda ola, existe debate a la hora de interpretar el MLM. Muchas de las autoras que han estudiado el Women's Liberation Movement estadounidense, denominado también popularmente como Women's Lib, han interpretado este concepto como uno que hace referencia únicamente al feminismo radical, excluyendo de esta manera a las feministas liberales. Lo cierto es que el utilizar «Movimiento de Liberación de las Mujeres» para hablar de todos los grupos y de todos los feminismos de aquella década y de la siguiente, tanto de Estados Unidos como del resto de países occidentales, ha sido una interpretación posterior. En aquel contexto, el concepto «liberación» era utilizado principalmente por las feministas radicales. Las liberales de NOW hablaban más de «igualdad» y buscaban principalmente la igualdad de derechos ante la ley, no así la revolución social y la completa liberación de las mujeres en todos los ámbitos de sus vidas.

Los movimientos radicales de los sesenta no se preocuparon tanto por reformar la sociedad sino por desarrollar estrategias que prefiguraran una comunidad utópica en el futuro. Para las radicales todo era posible y todas creían en que la revolución era inminente.

Adiós, adiós para siempre, izquierda falsa, contra-izquierda, espejo agrietado dominado por los hombres, reflejo de la pesadilla americana. Las mujeres son la verdadera izquierda (Morgan, 1970 cit. en Gitlin, 1987: 349).

A pesar de la importancia de localizar al feminismo radical dentro del Movimiento de Liberación de las Mujeres, este no se puede comprender realmente si no es situado asimismo dentro de los movimientos de los sesenta. En efecto, las mujeres radicales procedieron de las filas de la Nueva Izquierda

**Los nuevos movimientos  
sociales de la década de 1960:  
«nosotras somos la verdadera  
Izquierda»**

y del movimiento por los derechos civiles y, por ello, adquirieron muchas de las herramientas políticas utilizadas por los mismos. Paradójicamente, al mismo tiempo que se veían influenciadas por su activismo, tuvieron que construir su propia identidad política con el fin de diferenciarse completamente de ellos, ya que las feministas radicales defendieron la postura de que no era posible su liberación dentro de la izquierda dominada por los hombres.

Con respecto a las características que poseían comúnmente se encontraban, además de las ya mencionadas anteriormente, la completa aversión y hostilidad hacia el liberalismo, la intención de rechazar el reformismo y de desarrollar novedosas estrategias que prefiguraran una comunidad utópica futura y, entre otras, el desarrollo de partidos políticos alternativos o el completo rechazo de estos (Echols, 2019: 16). El radicalismo no fue, por tanto, algo completamente novedoso por parte de las feministas radicales, sino que respondía a su militancia previa y temprana en la Nueva Izquierda y en el movimiento por los derechos civiles.

112 Para Jo Freeman, por ejemplo, fue muy importante su militancia previa en el movimiento por los derechos civiles. Así lo atestigua en un documental de 2014 que trata la historia del feminismo radical, titulado *She's Beautiful When She's Angry*: «Aunque no me di del todo cuenta en ese momento, estaba estableciendo las bases para ser una feminista» (Mary Dore, 2014). Freeman fue de hecho una de las voces más reconocidas del movimiento. Es conocida por darle el título a la primera publicación nacional del WLM, *The Voice of the Women's Liberation Movement*, publicada en marzo de 1968. También en el mismo documental, Fran Beal, otra de las voces más influyentes del momento, afirma: «Todos esos otros movimientos de cambio social de esa época llevaron al movimiento de mujeres. Dieron lugar a una conciencia de las mujeres». Beal es una feminista negra conocida por su panfleto «Double Jeopardy: To Be Black and Female», escrito en 1969 y publicado en dos antologías editadas en 1970: *The Black Woman*, por Toni Cade Bambara, y *Sisterhood is Powerful: An Anthology of Writings From The Women's Liberation Movement*, por Robin Morgan.

Existió, pues, una estrecha relación entre la militancia previa de estas mujeres y el surgimiento de un nuevo movimiento feminista autónomo. Pero fue el Black Power, en realidad, el que más influenció al emergente feminismo radical, principalmente en su definitivo separatismo con respecto de la Nueva Izquierda: «las mujeres liberacionistas (blancas) razonaron que si las mujeres, como los negros, estaban oprimidas, entonces las mujeres, como los negros, necesitaban un movimiento organizado independiente de sus opresores (hombres blancos)» (Nachescu, 2009: 48). De la misma forma que surgió el movimiento "Black is Beautiful", se popularizó asimismo la mencionada antología editada por Robin Morgan en 1970, *Sisterhood is Powerful*. El feminismo radical, al igual que el MLM, se desarrolló a partir de la construc-



ción de una identidad colectiva de «las mujeres», de la construcción del sujeto «mujer» y de «las mujeres» como grupo —o como clase (sexual), según teorizaron muchas radicales— igualmente oprimido.

Como materialización de todo ello —tanto de la idea del separatismo del feminismo radical como de la influencia del Black Power en la construcción de un nuevo movimiento independiente— se encuentran las palabras de Ellen Willis cuando narra su experiencia en los primeros grupos que se iban formando en torno a 1967 y 1968:

Me uní al New York Radical Women, el primer grupo de liberación de las mujeres en Nueva York, en 1968, aproximadamente un año después de haber empezado a reunirse. Por aquel entonces, el grupo estaba profundamente dividido por lo que se denominó (por parte de las feministas radicales) la «escisión *politico*-feminista». El compromiso principal de los *politicos* era con la nueva izquierda. Veían al capitalismo como la fuente de la opresión de las mujeres [...] Yo me puse del lado de las feministas, que en algún momento comenzaron a llamarse a sí mismas «feministas radicales». [...] Los hombres tenían el poder y el privilegio y como cualquier otra clase dirigente defenderían sus intereses. Y puesto que la izquierda dominada por los hombres se resistiría inevitablemente a comprender o a oponerse al poder masculino, el movimiento feminista radical debía ser autónomo, crear su propia teoría y establecer sus propias prioridades. Nuestro modelo, por supuesto, fue el Black Power —varias de las primeras feministas radicales habían sido activistas de los derechos civiles (Willis, 1984: 93).

113

Toda la historia de la lucha por la autodeterminación de las mujeres ha sido ocultada una y otra vez. [...] frente a cada trabajo feminista, existe la tendencia a recibirlo como si saliera de la nada (Rich, 1983: 19).

### **La Primera ola feminista: «nuestra historia»**

El Movimiento de Liberación de las Mujeres se constituyó como un nuevo movimiento social que desconocía toda la historia que le había precedido: «este redespertar del feminismo fue caracterizado por el olvido de la genealogía y la memoria del movimiento precedente» (Nash, 2012: 169). Mary Nash, de hecho, habla de «amnesia histórica» (ídem) del emergente MLM. Una amnesia que llevó, consecuentemente, a la necesidad de recuperar toda una memoria colectiva que les permitiese construir una necesaria identidad para conformarse como un movimiento y colectivo político.

Voichita Nachescu ha analizado la forma en la que las primeras feministas radicales llevaron a cabo los primeros esfuerzos por establecer

una visión identitaria y política del MLM. Fueron ellas las que, desde los primeros años, comenzaron un proceso de revisión y reinterpretación de la historia de su país, sacando a la luz tanto la historia de las mujeres como la historia del feminismo, proceso que acabó jugando un papel crucial en la conformación de la identidad del nuevo movimiento social (2009: 30). Para las feministas radicales, reclamar el feminismo como identidad política significó el establecimiento definitivo de un vínculo con el legado histórico de la Primera ola. Lo hicieron mediante la crítica a los límites de este feminismo del pasado, pero también mediante una identificación con ciertos aspectos de su activismo. De esta manera, las mujeres radicales de la Segunda ola articularon su propia visión política mediante la interpretación del pasado (Ibídem: 32).

Una de las primeras en explorar estas conexiones fue Shulamith Firestone, otra de las principales referentes del feminismo radical. En el temprano año de 1968, en *Notes from the First Year* se recoge la interpretación que hizo sobre el movimiento feminista de Primera ola. En primer lugar, critica la falta de interés historiográfico por el tema, así como el olvido y las malinterpretaciones que se han hecho sobre este primer movimiento de mujeres para, después, realizar su propia lectura sobre el pasado:

114

La tesis de este artículo es que [...] el W.R.M. [Movimiento por los Derechos de las Mujeres] del siglo XIX fue realmente radical desde el principio, que estaba vinculado a los movimientos e ideas más radicales de su época, y que incluso hasta el final en 1920 hubo una corriente fuerte y radical que ha sido ignorada y enterrada a propósito.

Firestone trató de recuperar la identidad que se construyó en torno a la categoría de «feminista» a finales del siglo XIX y de esta forma construir una nueva identidad colectiva que se fortaleciese por sus vínculos con el pasado. Y es que en la fecha en la que escribió Firestone muchas mujeres aún no se sentían identificadas con dicha categoría. Así comienza la introducción a su artículo: «¿Qué te trae a la mente la palabra “feminismo”? [...] Lo más probable es que, sea cual sea la imagen que tengas, sea una imagen negativa. Que te llamen feminista se ha convertido en un insulto». Realizó, ciertamente, un verdadero esfuerzo por superar esa «amnesia histórica» de la que habla Mary Nash. De hecho, en su libro, *La dialéctica del sexo*, dedica el primer capítulo a la recuperación de la historia del feminismo estadounidense. Aquí realiza la distinción entre Primera y Segunda ola, denomina al periodo entre ambas olas como «los cincuenta años de ridículo» (Firestone, 1973: 25) y vuelve a afirmar que «el primer Movimiento americano en pro de los Derechos de la Mujer era de naturaleza radical» (Ibídem: 27). Su obra fue una de las más difundidas en aquellos años, junto con *Sexual Politics* de

Kate Millett, *Sisterhood is Powerful* de Robin Morgan o *Voices from Women's Liberation* de Leslie Tanner, entre otras publicadas también en 1970.

Las investigaciones recientes apuntan que Firestone, en efecto, proyectaba en el pasado sus intereses políticos del presente. Diferenció también en dos las corrientes del movimiento feminista de finales del siglo XIX —una reformista y otra radical—, una lectura que le permitió establecer un paralelismo entre aquel movimiento y el de finales de la década de 1960, el cual estaba diferenciado entre las feministas reformistas de NOW y los grupos radicales a los que ella misma pertenecía. Asimismo, la lectura que hizo tanto ella como algunas de sus compañeras blancas sobre la historia de la Primera ola feminista fue posteriormente criticada por otras corrientes feministas, en especial por parte del feminismo negro. Angela Davis evidenció en su libro *Mujeres, raza y clase*, publicado en 1981, que las lecturas que se habían hecho sobre las feministas de referencia del siglo XIX, como fueron Elizabeth Cady Stanton o Susan B. Anthony, en realidad escondieron el racismo que caracterizó su militancia (2021: 115-129). Es así interesante anotar que uno de los grupos más numerosos dentro del New York Radical Feminists, fundado por Firestone y Anne Koedt en 1969, se llamó la Brigada Stanton-Anthony.

La forma en la que las primeras feministas radicales fueron recuperando del olvido la experiencia de la Primera ola feminista favoreció la construcción de una propia identidad política que, en suma, acabaría facilitando el surgimiento de un nuevo movimiento social. Pero, al mismo tiempo, la predominancia de una determinada lectura que pretendía construir una identidad monolítica en torno a una —muchas veces excluyente— categoría de «mujeres», fue sentando las bases para los inevitables debates que propiciarían la división del feminismo en distintas ramas y corrientes. En definitiva, se estaba gestando la inminente explosión de los feminismos contemporáneos.

Se ha tratado de exponer hasta ahora la forma en la que el feminismo radical surgió en Estados Unidos, tanto dentro del contexto de los nuevos movimientos sociales de los sesenta como del emergente Movimiento de Liberación de las Mujeres. No obstante, el análisis que se ha venido haciendo ha respondido más a un plano de las ideas —principalmente de las influencias y de su contextualización— que de la propia acción sobre el terreno. Así, en este punto ya es posible preguntarse: ¿cómo se materializó todo ello? ¿De qué forma se constituyeron como un grupo independiente y un movimiento social de masas? ¿Cómo consiguieron ganar influencia y tener un relevante impacto en la opinión pública las feministas radicales?

## LAS FEMINISTAS RADICALES

Si, como dice Kate con autodesprecio, las ideas de su libro proceden del movimiento, entonces la energía, la pasión, la ironía y el brío son su propia contribución individual, de modo que al final ha devuelto al movimiento a través de este notable libro tanto como recibió y más (Shulman, cit. en Stimpson *et al.*, 1991: 36).

116

Alix Kates Shulman se refiere, en la cita introductoria, al ya mencionado libro de Kate Millett, *Política Sexual*, publicado en 1970. A pesar de que fue uno de los libros más influyentes del feminismo radical, este no fue el único que salió a la luz en aquel año. Se publicaron los también mencionados *Sisterhood Is Powerful: An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*, de Robin Morgan, y *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*, de Shulamith Firestone; el libro de Leslie Tanner, *Voices from Women's Liberation*; el de Cade Bambara, *The Black Woman*; o el de Celestine Ware, *Woman Power: The Movement for Women's Liberation*. Todos ellos tuvieron un gran impacto en el movimiento, pero su publicación tampoco hubiese sido posible si sus autoras no se hubiesen visto involucradas, al mismo tiempo, en el movimiento.

Con el fin de reconstruir la historia del feminismo radical es preciso no centrar el foco de atención únicamente en la producción teórica que se desarrolló, la cual fue muy notable y numerosa, pero no es suficiente para comprender esta experiencia en su conjunto. Teoría y acción fueron una y no se pueden comprender por separado. La teoría influyó las acciones en las calles y el movimiento desde abajo influyó el desarrollo de la profunda, compleja y novedosa teoría feminista radical. En palabras de Mary Nash: «La dinámica de convertir la palabra en acción y la acción en palabras fue, sin duda, una de las aportaciones significativas del nuevo feminismo» (2012: 181).

Con anterioridad a los libros y antologías de 1970 también se habían publicado importantes textos y artículos que se distribuían en revistas y a través de los grupos de autoconciencia. Fueron muy influyentes las compilaciones de los textos que más circularon durante aquellos primeros años: *Notes from the First Year* (New York Radical Women, 1968), *Notes from the Second Year: Women's Liberation. Major Writings of the Radical Feminists* (Radical Feminists, 1970) y *Notes from the Third Year* (Radical Feminists, 1971).

Tal y como apunta Alice Echols, para entender la evolución del feminismo radical no se deberían estudiar meramente los textos más influyentes, así como tampoco se tendría que tratar a las escritoras mayormente conocidas como voces sin conexión alguna con el movimiento y los grupos de los que surgieron (2019: 19). En efecto, el desarrollo teórico fue de tal profundidad que este no se podría entender sin el radicalismo de su contexto. Se ela-

boraron todo tipo de teorías que, pese a beber principalmente del marxismo y del psicoanálisis, se caracterizaron por un carácter novedoso y auténtico sin precedentes. Teorizaron sobre el origen de la opresión de las mujeres, la cosificación sexual y apropiación de sus cuerpos, la sexualidad femenina hasta límites inimaginables, la constitución de las mujeres como clase oprimida —la principal y primaria opresión sobre la que se asentarían todas las demás—, la necesaria destrucción de los roles sexuales o la inminente revolución feminista que las liberaría de manera definitiva de su subordinación frente a los hombres.

### Los grupos de autoconciencia

Recuerdo el entusiasmo que se generó cuando las mujeres de mi grupo en 1967 admitieron por primera vez que habían estado fingiendo orgasmos [...] Una vez la verdad salió a la luz, tratamos de analizar por qué tantas de nosotras habíamos sentido la necesidad de fingir (Shulman, 1980: 593).

Fue principalmente a través de los grupos de autoconciencia —*consciousness raising* (CR)— que el feminismo radical comenzó a articularse como un colectivo político y movimiento social independiente. Tal y como apunta M.ª Ángeles Larumbe en su análisis sobre «El feminismo de segunda generación»:

El movimiento fue inicialmente consciente de la distancia que existía entre los elevados ideales que defendía y la realidad cotidiana en la vida de la mayor parte de las mujeres, lo que condujo a adoptar una táctica organizativa basada en los pequeños grupos de concienciación» (2002: 109).

A través de estos grupos, que no solían pasar de veinte mujeres, comenzaron a compartir sus experiencias personales y, ante todo, a interpretarlas desde una perspectiva colectiva y política. Al transmitir sus propias vivencias se dieron cuenta de que estas eran compartidas por muchas otras mujeres, por lo que a partir de todo lo compartido en los CR trataron de entender las bases sociales de sus problemas, la raíz común de sus opresiones. Después habría que actuar, hacer algo para cambiar todas esas experiencias traumáticas, opresoras y discriminatorias y así conseguir transformar la sociedad. No eran grupos de terapia, ese no era su objetivo, lo que hicieron fue convertirse en una eficaz herramienta política (Shulman, 1980: 593).

A través de sus encuentros en estos pequeños grupos informales se desarrolló una de las principales aportaciones del feminismo radical al MLM y

a la vida en general de millones de mujeres: la afirmación de la existencia de una estrecha conexión entre las desigualdades estructurales y las experiencias vitales personales, esto es, entre lo político y lo personal. «Lo personal es político» surgió de los grupos de autoconciencia: «Lo que cada una de estas mujeres había considerado un problema privado, personal, en realidad no lo era, porque estaba relacionado con la obligación de satisfacer las expectativas sociales con las que la sociedad carga especialmente a las mujeres» (Del Olmo, 2019b: 73). Además, por medio de esta nueva herramienta política se trató de desafiar no solo a las leyes injustas, sino a las propias definiciones de lo que suponía ser «mujer» y «hombre», de lo masculino y lo femenino, todo el sistema que después la sociología denominaría como «roles sexuales» (Evans, 2015: 146).

118 En este sentido, el desarrollo de los CR y del feminismo radical produjo, no obstante, una de las paradojas y contradicciones más latentes en todo el MLM, tanto en Estados Unidos como en el resto de los países occidentales. Y es que estos fomentaron la creación del sujeto «mujer» o «mujeres» —que acabaría construyendo la consecuente identidad colectiva del movimiento emergente— al mismo tiempo que, paradójicamente, pretendían superar dicha categoría. Al transmitir sus propias experiencias personales, las mujeres radicales comenzaron a generalizar la idea de que todas las mujeres sufrían la misma opresión por igual, por razón de su sexo y que, por tanto, tenían que luchar unidas por su liberación. Al afirmar dicha intención afirmaban la certeza de que el sexo era un criterio de identificación política. Sin embargo, al mismo tiempo, a través de los CR se trató de concienciar a las mujeres sobre otra certeza, esta es, que no se nace mujer, sino que se llega a serlo.<sup>4</sup> En especial, las feministas radicales centraron muchos de sus esfuerzos en concienciar sobre la necesaria destrucción de los roles sexuales, ya que estos eran construcciones sociales que hacían que las mujeres fuesen diferentes y estuviesen subordinadas a los hombres. Y esto, la posibilidad de destruir los roles sexuales, suponía negar la propia diferencia sexual.

Debido a todo ello, la contradicción del emergente MLM se concretó en la disyuntiva entre afirmar el sujeto «mujer» y apostar por el sexo como un criterio de identificación política —cayendo entonces en una cierta afirmación de la diferencia entre los sexos— o, por el contrario, luchar por la destrucción de los roles sexuales —cuestionando de esta manera la propia diferencia sexual (Ergas, 2000: 606)—. Tal y como afirma Yasmine Ergas, «lo que los feminismos contemporáneos han destacado más es precisamente esta quimérica cualidad de las características comunes a todas las mujeres —su participación en una firme identidad colectiva— aun cuando también hayan luchado por superarla» (Ibidem: 618).

Así, la afirmación del sujeto «mujer» y de la opresión sexual común a todas las mujeres por igual, llevó consecuentemente a dos grandes

4. Todas las feministas radicales estuvieron muy influenciadas por la obra de Simone de Beauvoir. En *El segundo sexo* escribió la conocida frase que cambiaría la historia de la teoría feminista: «No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico, económico, define la imagen que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; [...] Sólo la mediación ajena puede convertir un individuo en *Alteridad*» (Beauvoir, 2021 [1949]: 341).

problemas para el feminismo radical y para el devenir de los feminismos actuales. En primer lugar, el rechazo u ocultamiento de las diferencias conllevó profundas divisiones que acabarían provocando numerosas escisiones y el debilitamiento del propio movimiento. En segundo lugar, debido a que se construyó esa categoría «mujer», la cual respondió principalmente a los intereses de las mujeres blancas, heterosexuales y de clase media, el feminismo radical ha pasado a la historia como un movimiento de mujeres blancas, universitarias de clase media, homófobas e incluso racistas.

Con respecto a esta segunda consecuencia, numerosos estudios recientes están tratando de borrar esta imagen a partir de la creación de una nueva que responda a la verdadera diversidad que caracterizó esta rama del feminismo. Como afirma Sara M. Evans: «Tenemos que desprendernos del mito de que las feministas eran “todas blancas”» (2015: 144). Lo cual no quiere decir que no hubiese feministas blancas de clase media, racistas y homófobas o que la mayoría de los grupos radicales más influyentes sí fuesen de mujeres blancas universitarias. En realidad, lo que apuntan estas nuevas investigaciones, caracterizadas por ser unos estudios más locales que tratan de iluminar las realidades complejas y diversas que se experimentaban en Estados Unidos, es que incluso antes de la formación de grupos tan representativos como fue New York Radical Women, se habían formado ya otros por parte de feministas radicales negras. El feminismo radical, en efecto, fue multirracial desde el principio (Íbidem: 144).

Cabe resaltar en este punto el estudio que llevó a cabo Becky Thompson sobre la Segunda ola desde la perspectiva de la raza. Al igual que Evans, realiza una crítica a las interpretaciones del MLM como un movimiento exclusivo de mujeres blancas:

La versión sobre la historia de los orígenes de la Segunda ola no es suficiente cuando se cuenta la historia del feminismo multirracial. Aunque hubo mujeres Negras involucradas en NOW desde el principio y mujeres Negras y Latinas que participaron en los grupos CR, el trabajo feminista de las mujeres de color estuvo implicado en tres frentes: trabajando con los grupos feministas dominados por blancas; formando grupos de mujeres en las organizaciones mixtas existentes; y desarrollando organizaciones Negras, Latinas, Nativas Americanas, y Asiáticas autónomas (Thompson, 2002: 338).

En definitiva, a través de los grupos de autoconciencia de las distintas organizaciones feministas, las mujeres adquirieron, tal y como indica el nombre de los mismos, conciencia sobre su propia opresión, principalmente por su condición de «mujeres». Una conciencia que fueron adquiriendo por medio de profundos debates y conversaciones y, principalmente, por-

que comenzaron a darle una importancia sin precedentes a lo personal, a las experiencias vitales íntimas y privadas de cada persona. Al mismo tiempo, como se ha mostrado, en estos primeros momentos se centraron en buscar las causas comunes a sus problemas y, en consecuencia, cayeron en muchas ocasiones en el rechazo de las diferencias, aspecto que les causaría importantes problemas en los años posteriores y condicionaría de forma latente al desarrollo de los debates entre los feminismos hasta nuestros días.

### **La formación de colectivos y organizaciones**

Las mujeres jóvenes, especialmente, deben asimilar estas lecciones para que, en lugar de sentirse intimidadas por el activismo de los sesenta, se den cuenta de que son básicamente como nosotras y que, al igual que nosotras, también pueden producir un cambio. Si la juventud aprende a aprovechar el conocimiento que hay en nuestra historia, puede llegar incluso más lejos que nosotras (Hanisch, cit. en Duplessis y Snitow, 2007: 202).

120

Los grupos de autoconciencia no actuaron sin una cierta coordinación a sus espaldas. Estos fueron impulsados por los colectivos que se iban formando de feministas radicales en las distintas ciudades. Los CR fueron una herramienta muy útil, no así la única. También se desarrollaron encuentros estatales entre los diferentes grupos, se realizaron pequeños boicots puntuales pero de un gran impacto en la opinión pública, se difundieron revistas, se crearon nuevas editoriales, se popularizaron incluso chapas, pines, camisetas y pegatinas y, al mismo tiempo, se organizaron grandes movilizaciones reivindicativas. M.<sup>a</sup> Ángeles Larumbe lo explica de esta forma:

La pluralidad militante, resultado del fraccionamiento en numerosos grupos, llevó a que el movimiento de liberación de la mujer careciera desde sus inicios de una estrategia unificada, clara y precisa. No obstante, fue esa misma peculiaridad la que permitió explorar diferentes formas de acción que dieron como resultado el desarrollo de tácticas y estrategias diversas. En todas se pretendió adecuar el principio de convertir lo personal en político. (2002: 105)

Los grupos de feministas radicales fueron bastante numerosos, y tuvieron continuos encuentros y desencuentros entre sí. Uno de los primeros en crearse fue el New York Radical Women, fundado por Shulamith Firestone y Pam Allen en 1967. Firestone cofundó dos años más tarde, en febrero de 1969, junto con Ellen Willis, Redstockings y, a finales de 1969, New York Radical Feminists, junto con Anne Koedt. Este último surgió del



descontento de Firestone en Redstockings y de Koedt en The feminists, otro colectivo radical fundado por Ti-Grace Atkinson en 1968. También estaba un grupo en Boston que se denominó Cell 16, fundado asimismo en 1968 por Roxanne Dunbar.

Su estrategia de acción varió en cada lugar y por parte de cada uno de los grupos que se iban formando. Una de las primeras acciones de choque que más impacto tuvieron fue la protesta de Miss America que llevaron a cabo las mujeres del grupo New York Radical Women, en septiembre de 1968. Se reunieron en Atlantic City aproximadamente cien mujeres liberacionistas procedentes de Nueva York, Boston, Washington D.C., Detroit, Florida y Nueva Jersey, con el fin de protestar contra lo que consideraban la explotación de las mujeres en el concurso. Esta protesta marcó el fin de la oscuridad y del anonimato del movimiento porque fue su primera acción nacional y recibió una amplia cobertura mediática por parte de los medios de comunicación de todo el país (Echols, 2019: 93).

Además de estas protestas puntuales o de otras pequeñas acciones con gran contenido simbólico que también tuvieron un impacto relevante, estuvieron las grandes movilizaciones que, de manera más notoria, comenzaron en el año 1970. En concreto, el 26 de agosto de 1970 se produjo la manifestación más numerosa por la igualdad de las mujeres en la historia de Estados Unidos —*Women's Strike for Equality*—, con motivo del cincuenta aniversario de la consecución del derecho al sufragio femenino. Entre 35.000 y 50.000 mujeres marcharon tan solo en la ciudad de Nueva York (Ibídem: 198) y, pese a que la huelga había sido convocada por NOW, la etiqueta que los medios de comunicación recogieron para informar sobre lo que pedían las manifestantes fue «la liberación de las mujeres».

A través de todas estas acciones y de la formación de organizaciones y colectivos se pretendía constituir un movimiento que uniese a todas las mujeres. Con ese objetivo también se celebró en mayo de 1970 el Segundo Congreso para Unir a las Mujeres —*Second Congress to Unite Women*— organizado por NOW. Pero la forma en la que algunas feministas entendían el sujeto «mujeres» no coincidía en absoluto con lo que entendían otras feministas, quienes solían ver muchas de las preocupaciones que experimentaban en sus vidas relegadas a un segundo plano, ¿y acaso no eran ellas también mujeres?<sup>5</sup> Tal fue el caso de Karla Jay, para quien el problema de la homofobia iba unido —o intersectaba, como diríamos hoy— con el problema del sexismo en su experiencia vital: «Hacia mayo de 1970 se celebró el Segundo Congreso para Unir a las Mujeres, pero no iba a haber ni un solo panel sobre la homofobia o el lesbianismo. Y decidimos que íbamos a hacer algo» (Dore, 2014). Karla Jay junto con Rita Mae Brown y otras mujeres del grupo Radicalesbians, así como del Gay Liberation Front, iniciaron la protesta de la «amenaza lavanda» —*Lavender Menace protest*— con el fin de reivindicar los

5. Ya en 1851 Sojourner Truth se preguntó esta cuestión en la Convención de los Derechos de la Mujer en Akron, Ohio. Fue la única mujer negra de la Convención y se subió al estrado para pronunciar uno de los discursos más importantes para la historia de los feminismos: «And ain't I a woman?», traducido habitualmente al castellano como: «¿Y acaso no soy una mujer?».

derechos de las lesbianas como parte del Movimiento de Liberación de las Mujeres (Duplessis y Snitow, 2007: 504).

A partir de este momento se comenzarían a formar distintos colectivos y grupos de autoconciencia de lesbianas feministas radicales y, en efecto, este no es sino otro ejemplo de las dificultades que existieron —y que todavía existen en el presente— a la hora de aceptar la pluralidad del sujeto feminista: «Llama la atención que hoy persista el debate y se siga percibiendo alguna dificultad a la hora de hablar del lesbianismo en el feminismo, así como un cierto miedo a la ruptura cuando se habla de tener en cuenta las diferencias» (Del Olmo, 2019a: 54).

Como se ha tratado de evidenciar a lo largo del artículo, recuperar la historia del surgimiento del feminismo radical resulta fundamental para comprender los feminismos actuales, ya que muchos de los debates vigentes en nuestros días no se pueden entender sin atender a las discusiones que ya en aquella década iniciaron las feministas radicales. A partir de ese momento ya no se podría hablar de feminismo, sino de feminismos. Las diferencias entre las mujeres salieron a flote y los debates sobre la intersección entre el género, el sexo, la sexualidad, la raza, la clase, etc. se harían pronto inevitables. Porque para muchas, como para la feminista negra lesbiana Audre Lorde, su lugar estaba en realidad en «el hogar mismo de la diferencia más que la seguridad de cualquier diferencia en particular» (2009: 378).

122

## CONCLUSIONES

El presente estudio ha tratado de llevar a cabo un breve recorrido por los aspectos más importantes que puedan facilitar la comprensión de la historia del surgimiento del feminismo radical en Estados Unidos. Para ello, se ha introducido el tema dentro de los nuevos movimientos sociales de la década de los sesenta y del Movimiento de Liberación de las Mujeres. También se ha atendido a la influencia de estos nuevos movimientos sociales —principalmente de la New Left y del Black Power— a la hora de constituirse como un movimiento independiente, así como a los precedentes históricos feministas —la denominada Primera ola— con el fin de construir una identidad política a través del establecimiento de lazos con el pasado. Para terminar, se ha tratado de bajar del plano de las ideas al plano de la acción sobre el terreno, abordando la forma en la que el feminismo radical se constituyó como un movimiento social de masas, principalmente a través de la publicación de la producción teórica, de los grupos de autoconciencia y de las acciones emprendidas por los grupos y asociaciones que se fueron creando entre 1967 y 1970.

Toda la historia del surgimiento del feminismo radical y del MLM es la historia de la construcción de una fuerte identidad colectiva en torno al sujeto «mujeres». Una identidad colectiva que se configuró a través de la lectura que

hicieron las primeras feministas radicales sobre la historia de sus predecesoras, las feministas de la Primera ola. También a través de la experiencia que les proporcionó su militancia en los movimientos sociales de los sesenta y, en especial, el ejemplo que les ofreció el Black Power para romper definitivamente con la Nueva Izquierda dominada por los hombres. Además, la explosión de literatura y teoría feminista propició la difusión sin precedentes de ideas radicales que pretendían transformar la sociedad y aspiraban a unificar a todas las mujeres, sin importar la clase, la raza o la sexualidad, en torno a una lucha común. Esta aspiración trajo consigo profundos problemas a la hora de interpretar y aceptar la pluralidad del sujeto feminista y las consecuencias de ello han condicionado indudablemente el transcurso de los feminismos actuales. Muchos de los debates que se iniciaron en aquel momento siguen vigentes hoy en día.

El 26 de agosto de 1970 se produjo una de las manifestaciones más numerosas por la liberación de las mujeres en la historia de Estados Unidos, pero la historia no terminó ahí, lo cierto es que no hizo más que comenzar. Y a pesar de que los grupos de feministas radicales se acabarían desintegrando en torno a la mitad de la década de los setenta, sus contribuciones al recorrido de los feminismos desde aquellos años hasta nuestros días son más que evidentes. Las acciones y estrategias de movilización que llevaron a cabo fueron tremendamente novedosas y consiguieron que el feminismo radical se posicionase en el centro, y no a los márgenes del feminismo liberal como se ha intentado hacer creer. Su éxito radicó en posicionar al feminismo más allá de las reformas legislativas y, en definitiva, en conseguir tanto impacto en la opinión pública que haya sido posible que la rotunda afirmación, crítica y reivindicación de que «lo personal es político» haya llegado con la fuerza y pasión con la que lo entienden los feminismos del presente.

## BIBLIOGRAFÍA

- ASIMAKOPOULOS, John (2010). «The Civil Rights-Black Power Era, Direct Action, and Defensive Violence: Lessons for the Working-Class Today». *Theory in Action* (3:3), 42-62.
- DAVIS, Angela (2021) [1981]. *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Ediciones Akal.
- DE BEAUVOIR, Simone (2021) [1949]. *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.
- DEL OLMO, Gemma (2019a). «El desafío violeta. Un camino de libertad». *Investigaciones Feministas* (10:1), 45-59.
- (2019b). «Traspasando límites. Lo personal y lo político en el feminismo». *Las Torres de Lucca* (8:15), 63-80.
- DORÉ, Mary (dir.) (2014). *She's Beautiful When She's Angry*. [Película-documental].
- DUPLESSIS, Rachel B. y SNITOW, Ann (Eds.) (2007). *The Feminist Memoir Project. Voices from Women's Liberation*. New Brunswick/New Jersey: Rutgers University Press.

- ECHOLS, Alice (2019) [1989]. *Daring to Be Bad. Radical Feminism in America. 1967 – 1975*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ERGAS, Yasmine (2000). «El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta». En George Duby y Michelle Perrott (dirs.). *Historia de las mujeres. El siglo XX*. Madrid: Taurus, 593-620.
- EVANS, Sara (2015). «Women's Liberation: Seeing the Revolution Clearly». *Feminist Studies* (41:1), 138-149.
- FIRESTONE, Shulamith (1968). «The Women's Right Movement in the U.S.: A New View». En *Notes from the First Year*. New York: New York Radical Women.
- (1973) [1970]. *La dialéctica del sexo*. Barcelona: Editorial Kairós.
- GARRIDO RODRÍGUEZ, Carmen (2021). «Repensando las olas del Feminismo. Una aproximación teórica a la metáfora de las "olas"». *Investigaciones Feministas* (12:2), 483-492.
- GITLIN, Todd (1987). *The Sixties. Years of Hope, Days of Rage*. New York: Bantam Books.
- LARUMBE, M.<sup>a</sup> Ángeles (2002). «El feminismo de segunda generación». En M.<sup>a</sup> Ángeles Larumbe. *Una inmensa minoría. Influencia y feminismo en la Transición*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 51-139.
- LORDE, Audre (2009) [1982]. *Zami. Una biomitografía. Una nueva forma de escribir mi nombre*. Madrid: Horas y HORAS.
- MILLETT, Kate (2021) [1970]. *Política Sexual*. Madrid: Cátedra.
- MOLONY, Barbara y NELSON, Jennifer (eds.) (2017). *Women's Activism and "Second Wave" Feminism. Transnational Histories*. London/New York: Bloomsbury.
- MORAGA, Cherríe y ANZALDÚA, Gloria (eds.) (1981). *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*. Watertown: Persephone Press.
- NACHESCU, Voichita (2009). «Radical Feminism and the Nation. History and Space in the Political Imagination of Second-Wave Feminism». *Journal for the Study of Radicalism* (3:1), 29-59.
- NASH, Mary (2012). «Nuevos movimientos sociales. La liberación de las mujeres». En Mary Nash. *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*. Madrid: Alianza Editorial, 165-236.
- RICH, Adrienne (1983). *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona: Icaria.
- SHULMAN, Alix Kates (1980). «Sex and Power: Sexual Bases of Radical Feminism». *Signs: Journal of Women in Culture and Society* (5:4), 590-604.
- STIMPSON, Catherine R., SHULMAN, Alix Kates y MILLETT, Kate (1991). «Sexual Politics: Twenty Years Later». *Women's Studies Quarterly* (19), 30-40.
- THOMPSON, Becky (2002). «Multiracial Feminism: Recasting the Chronology of Second Wave Feminism». *Feminist Studies* (28:2), 336-360.
- WILLIS, Ellen (1984). «Radical Feminism and Feminist Radicalism». *Social Text* (9:10), 91-118.